

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
16 Noviembre 1889.
NÚMERO 59.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MARIANO DE CAVIA

Nombrar á Mariano de Cavia y decir luego que es un escritor distinguido, culto, correcto, ingenioso, etc., etc., es sencillamente cometer una redundancia; porque con decir Cavia, se dice todo eso, y mucho más aún.

En las columnas de *El Liberal*, en los semanarios ilustrados, en todos aquellos impresos periódicos donde aparecen buenas firmas, está la del originalísimo escritor aragonés.

Pons lo dibuja en hábito de cocinero.

Hace muy bien. Eso le acredita de gastrónomo excelente.

Porque los platos de Cavia saben á gloria.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO—

En salada *pacotilla*,
escrita en tono ligero,
patrocinan, con salero,
Pepe Estrañi, la mantilla,
José Rodao el sombrero.

Me place la discusión
y las formas empleadas;
y sin dañada intención,
voy á echar mi cuarto á espadas
y á terciar en la cuestión.

De antemano, y en rigor,
convengo ya sin temor
en la bondad de ambas cosas,
¡Las mantillas, deliciosas!
¡El sombrero, encantador!

Pues entonces, ¡desgraciado!
¿Si en todo conforme estás,
refutarnos no podrás?...
¡No te apresures, Rodao!
¡Estrañi, en el mundo hay más!

La cuestión es muy sencilla.
Cese vuestro empeño loco,
y acabe aquí la rencilla.
Lo mejor no es la mantilla.
¿Es el sombrero?... Tampoco.



Que no os agrade, recelo,
mi opinión; mas he de ser
rudo y franco, ¡vive el cielo!
cumpliendo así mi deber.
¡No hay nada como el pañuelo!

Entre modestos, ó ricos,
medianos, grandes y chicos,
á mí, si he de ser sincero,
sólo me gusta un sombrero.
El sombrero de tres picos.

No es que admire aquel blasón
del tiempo ominoso y fiero
de la Santa Inquisición.
No. Me refiero al sombrero
de don *Pedro de Alarcón*.

La mantilla es un encanto,
pero no tanto, no tanto,
que al fin la prende el demonio,
á guisa de velo santo,
el día del matrimonio.

Allí no admiten sombrero;
sólo la mantilla encaja,
con razón, á lo que infiero.
¡Blanca, ó negra, es la mortaja
conque entierran á un soltero!

Resumen: Una belleza
de esas que no se discuten
por su garbo y gentileza,
¡Es la barbiana de *búten*,
con pañuelo á la cabeza!



¡Qué hermosa está una chiquilla
que, sin importuno velo
que oculte su faz sencilla,
acaricia la mejilla
con el doblez del pañuelo!

¡Cómo la conciencia escarba
y hace perder la razón
aquel nudo coquetón,
puesto entre el cuello y la barba
como punto de atención!

¡Vaya un nudo! Yo no dudo
que es fácil de desatar;
pero al verlo tiemblo y sudo...
¡Y me dejo estrangular
si me aprietan aquel nudo!

¡Y aquel desgaire indolente
con que la seda crujiente
forma el pliegue, blando y chico,
que avanza en forma de pico,
prestando gracia á la frente!...

¿Dónde hay mayor hermosura
que un rostro jovial y franco,
que con gracia y donosura
oculta la trenza oscura
con amplió pañuelo blanco?

¿Ni quién á negar se atreve
que aquel conjunto enajena?
¡Parece la seda leve
una cascada de nieve
sobre una frente morena!

¡Cómo á un rostro apicarado,
de esos que causan antojos,
sienta un pañuelo encarnado!
¡La majestad de unos ojos
bajo un dosel purpurado!



—MANTILLAS Y SOMBREROS

¿Qué mortal no se alborota
y sufre mil sinsabores
viendo una cara frescota,
con un pañuelo *Mascota*,
de rayas multicolores?

¡Cuando ciñe una cabeza,
rindiendo al dolor tributo
de lágrimas y tristeza,
sólo el pañuelo de luto
marca con fiera rudeza

de los pesares la cruz;
quita á la fisonomía
el encanto y la alegría;
roba á los ojos la luz,
y hace la frente sombría!

¡No es el lujoso derroche
haciendo ostentoso alarde
en gasa, en crespón, ni en brochel...
¡Es la sombra de la noche
que va invadiendo la tarde!

«¡Alto ahí!» diréis los dos:
que de tu entusiasmo en pos
te estás subiendo de punto,
Es verdad. Mas ¡vive Dios,
que estoy dentro del asunto!



Será quizá una torpeza;
mas para mí, no hay belleza
más pura, más ideal,
que un vestido de percal
y un pañuelo á la cabeza.

¡Olé las buenas personas,
jovencitas ó jamonas,
pero con gracia y salero!
¡La mantilla y el sombrero
que los gasten las pelonas!

¡Ni pañuelo *tan siquiera*!
¿A qué, mujer hechicera,
has de amenguar tus hechizos,
ocultándonos los rizos
de tu hermosa cabellera?

El sombrero es un tormento,
las mantillas, desgarradas...
¡Ni aun el pañuelo consiento!
¡Dejad que floten al viento
vuestras trenzas perfumadas!

Clara expuse mi opinión,
mas no cedo en la cuestión
ni abandono mi trinchera,
y que alce el dedo el que quiera
terciar en la discusión.

¡No hay nada como el pañuelo,
que hace de la cara un cielo!
Como el pañuelo no hay nada...
como una hermosura en pelo.
Mas que en pelo... ¡despeinado!

E. NAVARRO GONZALVO.

La lección con el ejemplo.



Rosina, una chicuela deliciosa de quince primaveras, aprovechó la oportunidad aquélla en que su señor papá había tirado á un lado *La Correspondencia* y se encontraba con las piernas cruzadas, la cabeza reclinada en el respaldo del butacón y fumando un cigarro cuyas fantásticas espirales de humo veía esfumarse paulatinamente.

—Dime, papaito, tengo curiosidad por saber qué misión es la que en este mundo nos está destinada á las mujeres...

—¿Eh? dijo el padre, dando un saltito en su asiento.

—¿Que para qué servimos las mujeres? insistió la joven, no comprendiendo el súbito cambio de expresión que en la fisonomía de su señor padre se había retratado.

—Hija mía, las mujeres... pues las mujeres...

Y el buen señor, que no estudió para sabio ni tenía su caletre muy ducó para respuestas de tal jaez, dió una chupetada feroz al veguero con objeto de disimular la turbación que la preguntita le originaba.

—Yo te diré, Rosina: las mujeres sois las dulces compañeras del hombre, que tal misión os encomendó la Sagrada Biblia y...

—Papá, lo mismito que tú me dijeron en el Colegio las madres; pero... alguna otra misión tendremos encomendada... digo yo... ¿verdad, papá?

—Sí, para algo más; sí, pero... tienes que perdonarme; se me ha olvidado mirar en el periódico á cómo se han cotizado hoy las cubas...

Y el papá, á trueque de no proseguir la espinosa conversación, volvió á recoger *La Correspondencia* y á enfrascarse en su lectura, como si realmente le importase lo que antes había leído con aburrimiento.

—¡Qué fastidio de cubas!... murmuró Rosina.

Y salió del gabinete, haciendo á su papá una muequecilla de enfado.

—Como guapo sí que erat... Alto, buen mozo, con un bigotillo que parecía seda, el petimetre resultaba encantador...; al menos para Rosina, que, desde el día aquél en que á la salida de misa el galán, á fuer de caballero, la echó una flor... hablada, un tantico subversiva, la chiquilla soñaba con bigotes rubios y sedosos y mozos como granaderos de la Guardia imperial.

—¡Chist, chist! ¡Calla, escandalosa!... ¡A mi mamá dila que me duele un poco la cabeza!... No, no quiero salir; me atontaría.

Cuando la doncella se hubo retirado, Rosina echó la llave á la puerta de su gabinete; después se sentó detrás de la puerta vidriera del balcón, abrió un piquito de los visillos, y agachándose cuanto pudo, miró á... ¡demonches! ¿cómo se llamaría aquel pulcro y atildado caballero que, embutido en una levita, allí, en la esquina, se encontraba haciendo la competencia á los individuos de seguridad, que para todo sirven... especialmente para estorbar á los transeúntes?

—¡Qué guapisimo es!... ¡Si estuviera aquí mi amigueta Amparol... Debe de ser ese señor persona fina, bien educada... A la lengua se conoce... ¡Con qué gracia fuma!... A mí me gustan los hombres que fuman... porque si no parecen cualquier cosa.

Así monologaba la joven; en tanto el doncel devoraba con la vista el frontispicio de la casa de Rosina, que ya es sabido que los amantes, en el período álgido de sus amores ó «vía cursi matrimonial», entretienen sus ocios en contar desde los huecos que tiene la fachada donde anida su oculta paloma, hasta la totalidad de barrotes que han entrado en el balconaje.

Rosina, inquieta, nerviosa, sin saber qué hacer, luchando entre el deber y la conciencia, esos dos tiranos que con sus bridos nos sujetan á la sociedad, estuvo á pique de abrir el balcón y asomarse; pero... ¿qué diría de tamaña «desvergüenza» el caballero de la esquina?

—¡Mecáchis!... ¡Mecáchis! repetía la joven.

Y volvía á mirar, y otra vez veía impertérrito á su galanteador, que sufría, hecho un Job, los codazos é impertinencias de todo el mundo.

—Lo que es si él se me declara, ¿qué le digo yo, Dios mío? ¿qué le diré?

Manolito, el caballero de pelo sedoso, tuvo durante el primer mes de amorío un miedo cervical; olía estas cosas en todos lados, y cada señor mayor de edad se le antojaba su suegro en ciernes: «el ángel exterminador», como él le denominaba.

Rosina se pasaba hora tras hora entre cristal y visillo «haciendo números» con Manolito, en tanto los vecinos hacían comentarios, la portera tenía propinas sin fin y la doncella juraba y perjuraba que señorito más guapito que el que cortejaba á su amita, no le había conocido en los días de su vida.

«Todo lo que se hace, se sabe», dice una locución vulgar.

Primero se enteró la madre de los amoríos, luego el padre, «el punto negro»; hubo lloriqueos por parte de Rosina, el galán se retorció desesperadamente el bigotillo, la portera se lamentaba y la doncella temió que su señor cometiese alguna «barbaridaz».

Los papás se enteraron de la vida, ya que no de los milagros, de su presunto hijo, y éste fué declarado novio oficial con todas las solemnidades que el caso requiere; ítem con las pragmáticas engorrosas de visitar á su novia una vez todos los días, mejor dicho, todas las noches durante una hora, ni un minuto más, ni un minuto menos, á presencia de mamá ó papá, y guardarse todos los mimitos en las puntas de los pies, que debajo de la mesa traían una charla animada y por demás significativa.

Tres años ha que Rosina y Manolito se casaron.

El «ángel exterminador» se hallaba la otra noche muellemente reclinado en su butacón, fumando un veguero y viendo cómo sus espirales de humo iban á estrellarse blandamente contra el techo; cerca del sibirita se encuentra Rosina, sentada en una silla baja y teniendo en sus brazos á un encantador chicuelo, que mira con ojos expresivos lo que hace el abuelito.

Rosina pregunta á su padre:

—Papá, hace años te pregunté qué misión teníamos en el mundo las mujeres...

—¡Diablo contigo!... ¿Aún no se te olvidó la preguntita de marras, que vienes ahora á recordármela?

—Es que tú no supiste contestarme, papaito... Ya la he aprendido, ¿sabes?... Las mujeres no tenemos otra misión que... ya ves, papaito.

Rosina calló... y ¡Dios me perdone! si aseguro que miró tan amorosamente á su hijo, que ésta, á no dudar, fué la causa de que el abuelo, mirando al grupo, murmurase:

—¡Comprendido!... ¡Comprendido!... ¡La lección con el ejemplo!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.



ESPERANZA

Cual se marchita la fragante hierba
Si no la baña el sol con su luz pura,
Lo mismo sin tu amor y tu hermosura
Mi pobre corazón sufre y se enerva.

Mas ¿quién en su desgracia no conserva
Dulce esperanza que sus males cura?
¿Quién sabe los instantes de ventura
Que el porvenir ignoto le reserva?

Si me amas tú, como en mejores días,
Revivirán ¡oh amor de mis amores!
Todas las muertas esperanzas mías!

Que aunque es la vida pródiga en dolores,
Tiene también sus santas alegrías,
¡Y hasta en los cementerios nacen flores!

ATAULFO FRIERA.



DON CARLOS NAVARRO RODRIGO

Nuevo Presidente del Tribunal de Cuentas.



LOS MADRILES



— Parece que se oyen pisadas 'de caballo. No me cabe duda: ¡él es!

— El Ministro no viene hoy: da comida en su casa.
— ¿Da comida? Pues allá voy. Precisamente vengo buscando eso.



— ¡Estos jefes son los más inorantes!... Hoy ma llamo el capitán, paquidermo, en vez de Policarpo.



— ¿Has oído á la Sthal?
— ¡Anda, ya lo creo, á la Sthal y á la Qual!

INVIERNO



A. PONS

LA MUJER

¿Qué es la mujer? Según dicen,
es lo que voy á decir:

I

«La más divina criatura:
*son sus labios un rubí
partido por gala en dos*
sobre un lecho de jazmín;
tiene la frente de nácar,
las pupilas de zafir,
el alma de mariposa,
el cuerpo de serafín.»

II

«Cuando vacila, se turba
y nos responde que sí,
merece que se le brinden
todas las flores de Abril,
todas las galas de Persia,
todas las joyas de ofir.»

III

«Sirena por la palabra;
por los hechizos, hurí;
arcángel por las mercedes;
por el genio, polvorín.»

IV

«Bien merece que la ampare
el más bizarro adalid,
y que la adore el que sea
digno de hacerla feliz.»

V

«El que ha recibido un beso
de sus labios de carmín,
ha dado la vuelta al mundo
y ya se puede morir.»

VI

«No fuera yo enamorado
si ella no fuese gentil:
de modo que, siendo guapa,
no habrá de quedar por mí.»

VII

«Hay que templarla con pulso,
como se temple un violín.»

VIII

«Ora llora como niño,
ora finge como actriz,
ora manda como reina:
¡yo no la puedo sufrir!»

IX

«¡Nadie pretenda injuriarla!
¡Aquí está su paladín!
¡Yo la adoro, la idolatro
con ardiente frenesí!»

XI

«Carinosa, es una gata;
desdenosa, un puercoespín;
valerosa, una pantera;
rabiosa, una fregatriz.»

XIII

«Para robar corazones
es un hábil malandrín:
para entregarnos el suyo
es una pobre infeliz.»

XIV

«Por lo que ella manifiesta,
no es posible colegir
lo que siente: busca á Pedro
y está rabiando por Luis.»

XV

«Se dobla como una caña,
se arrastra como un reptil,
se yergue como una fiera,
se pasa como un tamiz.»

XVI

«En el tocador es barro:
mariposa en el pensil;
sal y pimienta en la mesa,
y gloria en el camarín.»

XVII

«Hermano, padre y marido,
están con ella en un tris:
cazadores que no saben
cuándo salta la perdiz.»

XVIII

«Con ella nada consigue
el ingenio más sutil:
no hay ninguno que descubra
lo que habrá de preferir.»

XIX

«¿Quieres conocerla á fondo?
¡Pues es un grano de anís!»

XX

«En la iglesia, es una santa;
en la calle, un querubín;
en el hogar, un demonio;
en el balcón, un tití;
una cotorra en la puerta
y una cabra en el jardín.»

No digo que estoy conforme,
pero no paso de aquí,

ADOLFO LLANOS.



X

«Contra el poder de sus ojos
no vale ningún ardor:
confieso que me he quedado
bíceo desde que la vi.»

XII

«Es la reina de las flores
cuando quiere presumir;
si se enamora, una malva;
si aborrece, ortiga vil.»

Derecho del pataleo.

Si yo algún día llegara á ser gobernador (que Dios me libre de semejante desgracia cívica), ¿á que no aciertan ustedes lo primero que ordenaría?

Que el público fuera al teatro sin bastones, y que en el templo del arte, convertido en mezquita, se dejaran, al entrar, las botinas, ó los tacones por lo menos.

De la decantada union ibérica ya se van tocando los resultados, y el *pateo* ó *pateadura* es el primer síntoma de que hay afinidad con el vecino reino.

Pero... ¡qué ruido más desagradable, Dios mío!

Hay momentos en que parece que le patean á uno el estómago.

Y si no, que se lo pregunten al autor.

¡Cuántos la noche del estreno, si no fuera porque está mal visto, harían levantar la cortina, y dirigirían la siguiente allocución!

Respetable público: Yo soy el autor de la piecécita que va á estrenarse. Tengo un niño de tres meses, muy rollizo, y un ama de cría, salva sea la parte, que come como la decencia me impide decir; debo tres meses al casero, las medias suelas de mi mamá política, y nueve cafés en el del Pasaje. Creo haberme recomendado lo suficiente á la benevolencia de ustedes.»

Pero como eso no puede hacerse, y las colectividades son irresponsables...

Además, cuando los *morenos* patean, ni piensan en el daño que hacen, ni les importa: ejercen un derecho comprado en la taquilla: de *simples espectadores*, ó, viceversa, se convierten en actores *activos*, pero muy activos: demasiado, á juicio del paciente.

¡Y cómo gozan los condenados!...

Un estreno *ruidoso*, no hay con qué pagarlo, en concepto de muchos.

¡Figúrense ustedes el marido paciente, considerado como cero

en el hogar doméstico, y que de pronto le dicen: «Mira esa butaca; oye, y juzga.» O, lo que es lo mismo: «Ten opinión por una vez!» ¡¡Figúrense ustedes!...

Y el sietemesino reprobado en cinco carreras, incluidas las de caballos; calabaceado por do quiera; ridiculizado en el café, y sin más fortuna que los estipendios de papá... ¡¡Verse de pronto hecho juez inapelable y en posición de tomar desquite de los desaires sufridos!! ¡¡Apaga y vámonos!!

No hay energúmeno que pueda comparársele.

Colocado en la acera, enfrente de un teatro, en noche de estreno, puede cualquier observador saber de una manera fija el éxito alcanzado por la obra.

¿Sale el público contrariado, silencioso, subiéndose el cuello de los gabanes y sepultando la cabeza entre los hombros?... ¡Exitó! Pero gordo, ¿eh? La fiera no ha tenido donde clavar la zarpa. No se han divertido.

¿Se les ve salir bulliciosos, retozones, hablando alto y desafiando las pulmonías?... ¡Pobre autor... *Juerga mayúscula*, unión ibérica, nodriza á media ración, y desahucio en puerta.

Pero si á ese mismo público inteligente é inexorable le pregunta usted, al salir, si la obra es en verso ó en prosa, verá usted con qué desenvoltura, en su inmensa mayoría, le contestan: «¡Hombre, no me he fijado!»

Yo sé de un caballero *pudiente* que todas las noches, y á la misma hora, mira el cartel y compra una butaca.

—¿Qué hacen ahora? pregunta al vendedor.

—¡Ortografía!

—¿La he visto ya?

—No, señor; ésta es nueva.

—¡Ah! (Lleva sesenta representaciones.)

Dicho se está que á los cuatro ó cinco días le toca nuevamente el turno, y á la misma hora se repite la escena.

—¿Qué va ahora, tú?

—Ortografía.
—¿La conozco?
—No, señor; ¡es muy bonita!
—Vamos á verla.

Al mes la ve por cuarta ó quinta vez, y sale diciendo:
—No me ha gustado. Se parece mucho á otra que vi hace dos años; sólo que aquélla creo que la hacía Vico. ¿Vico, ó Mario?... Los dos, cuando trabajaban en Felipe.

Pero le toca al caballero un estreno: tiene á su derecha al sietemesino, y delante al esposo anulado, y... ¡aquí te quiero, escopeta!

Yo he oído á un caballerete, con título de doctor, asegurar

que la fuerza de miss Leona era una *filfa*, porque la dentadura era *postiza*. De *Juan Diente*, obra de Enrique Pérez Escribá, afirmaba una señora que el autor había muerto en Francia hacía muchos años.

A pesar de esto, no hay más remedio que confesar que, cuando el que paga protesta, tiene razón; pero... lo que yo digo es también verdad; y como en este pleito más de una vez me ha tocado salir condenado en costas, ya que encabezo el artículo con el epígrafe de *Derecho del pataleo*, permítaseme terminarlo, en són de disculpa, con esta especie de epílogo: *Desahogos de la clase*.

CALIXTO NAVARRO.

FRAGMENTO DE UN POEMA

EN PREPARACIÓN

Entonces era Flora tan hermosa que, sólo con sus labios, Dios podría formar el cáliz de una nueva rosa que no ha sido soñada todavía.

Su cuerpo esbelto, escultural, sencillo, guardaba en los contornos juveniles las tintas de la Virgen de Murillo, de la Venus de Milo los perfiles.

Y los días de fiesta, en que marchaba hacia la ermita del lugar distante,

con la negra mantilla que velaba el coral y el marfil de su semblante;

Con el pudor que al corazón provoca, y luciendo por único tesoro una sonrisa lánguida en la boca y una camelia en los cabellos de oro...

¡Aumentaba en tal grado su hermosura, ignorando ella misma que era bella, que, al ir á decir misa, el pobre cura rezaba una oración pensando en ella!...

.....
¡No hay quien en el lugar no la recuerde! Su voz era un derroche de armonía, y en sus ojos brillaba el rayo verde que tiene el sol cuando concluye el día!...

.....
¡Es un dechado de belleza humana! Su grave paso, al caminar, revela la dulce dejadez italiana... ¡Anda, y parece un pájaro que vuela!...

RICARDO F. CATARINEU.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56, 57 Y 58.)

El avestruz estiró las inmensas patas; le gustaba el ejercicio, después de tantos días de inacción, y parecióle lento y pesado el andar de Martinot.

Entonces comenzó á hostigar con su largo pico los faldones de la levita de Martinot, para hacerle activar la marcha.

A cada picotazo le arrancaba una tira de paño.

Asombrado Pablo de aquel ataque brusco, juzgó prudente ponerse á la defensiva.

Se colocó detrás, é hizo marchar delante al avestruz.

—De este modo, decía candorosamente Martinot, podrá caminar todo lo de prisa que quiera, y si tiene capricho de comerse algún gabán, no será el mío. ¡Demonio de Busquet! ¿Qué voy á hacer yo con este animalucho?

En tanto que el avestruz iba pensando:

—¡Qué país tan raro éste! ¡Cuidado que camina mal este pobre señor!

Y abriendo el largo compás de sus patas, y sin cuidarse del que sostenía la cuerda, emprendió una carrera veloz, vertiginosa.

Tiraba de un modo horroroso del pobre conductor, que sudando la gota gorda, con el traje en desorden, sin sombrero, pugnaba en vano por contener al indómito animal.

La turba que le seguía aumentaba su algazara, y reía á mandíbula batiente al ver los apuros del desventurado subjefe.

El infeliz ya no podía más. Sofocado, falto de aliento, avergonzado y casi llorando, pidió auxilio á aquellos burlones, los que, compadecidos al fin, se decidieron á ayudarle, y el animal fué conducido por una docena de brazos hasta la casa del maltrecho Martinot (Pablo).

Madama Martinot, sus tres hijos y la cocinera, cada uno en su ventana respectiva, procuraban indagar la causa del tumulto, al mismo tiempo que acechaban el regreso, ya muy retrasado, del amo de la casa.

Apareció Martinot al cabo en la verja del jardín. Dió las gracias á los que le habían ayudado á remolcar el avestruz hasta su casa, y ató la cuerda que sujetaba al bicho al más corpulento de los árboles.

Durante este intervalo de tiempo, toda la familia había bajado presurosa al huertecillo.

La esposa, los hijos, la criada, todos lanzaron un grito de espanto al ver al avestruz. Hasta los pollos y las gallinas, que picoteaban al azar entre la menuda hierbecilla, salieron escapados y cacareando, huyendo del espantoso huésped. El terror y la desbandada fué general. Martinot, con su sonrisa más amable y con placentero gesto, dijo á su mujer, presentándole el avestruz:

—¡Mira qué regalo te manda el amigo Busquet!

—¡Pero ese Busquet está loco, y tú también! exclamó la buena señora en el colmo de la estupefacción.

—Pues para ti especialmente es el obsequio. ¿Ignoras que estas aves ponen unos huevos tan gordos como la cabeza de un chico?

—¿Y qué?

—¡Que con un solo huevo puedes hacer una tortilla para doce personas! Convidaremos á los amigos Dubochet.

—Pero, oye, ¿los avestruces ponen cuando están solos?... ¿No necesitan ser pareja para eso?

—¡Qué han de necesitar, mujer!

—Aun siendo así, es una atrocidad haber enviado ese avechucho. Vas á ser la burla de todo el pueblo.

—¿Y qué hacer? ¿Acaso tengo yo la culpa?... ¿Dónde le colocamos? ¿En la caballeriza?

—¡Naturalmente!

—Mira, podemos hacerle un cochecito, y engancharlo. Servirá para pasear á nuestro pequeño Jorge.

—¡Martinot!...

—Sí, mujer, como hacía Robinson Suizo.

—¡Si Robinson no ha existido jamás!

—Sí ha existido.

—Que no.

Durante esta disputa conyugal, el avestruz fué instalado en la caballeriza.

Sentáronse á la mesa. La sopa estaba fría, y la cocinera furiosa.

En cuanto á madama Martinot, estuvo durante la comida lo mismo que la sopa.

Entonces el pobre hombre defendió calurosamente la causa del animal, algo por espíritu de contradicción, y mucho por aquello de «á mal tiempo, buena cara.»

Después de todo, ¿no solemos querer todo aquello que nos causa más disgustos...?

De sobremesa, Martinot leyó atentamente el Buffón, y todo el mundo se convenció de las buenas cualidades del animal. Comía poco, bebía menos, contentándose con cuatro libras de pan de cebada, todos los días, mezclado con algunos clavos de hierro, amén de los guijarros que él mismo pudiera proporcionarse.

Resultado. La manutención del avestruz era baratísima.

Aquello era una gran ventaja.

Y así, de deducción en deducción, Martinot acabó por demostrar claro como A+B, que el negocio era excelente, y que, descartando la rotura del paletó, era el hombre más feliz del mundo con su avestruz.

(Se continuará.)





—¡Caramba y qué mal olor! ¿A que hay por aquí algún teatrillo por horas?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Deposito central: Jardines, 15, Madrid.

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. Prades y Compañía.

AVISAMOS a nuestra numerosa clientela el traslado del Gran centro de repartición por mejora de local (antes Jesús y María, 32), hoy **Jordán, 3**, esquina a la de Fuencarral, donde seguimos efectuando toda clase de repartos, como periódicos, circulares, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, y la propaganda de toda clase de libros.

3, Jordán, 3, esquina a la de Fuencarral.

Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios a quien las pida.

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos a

UNA PESETA

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: **una peseta.**

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: **una peseta.**

PEPA B^{ccc}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos a esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.